

MAURICIO ARCHILA, EDITOR. *HISTORIA DE AMÉRICA ANDINA*,
volumen 7. *DEMOCRACIA, DESARROLLO E INTEGRACIÓN: VICISITUDES
Y PERSPECTIVAS /1930-1990*. QUITO: UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,
SEDE ECUADOR / LIBRESA, 2013, 490 pp.

Sin duda, uno de los méritos de este volumen 7, como de toda la serie de *Historia de América Andina*, es el de intentar dar cuenta de una complejidad no reductible a una visión lineal de la historia. No se trata, en este sentido, de recrear una única visión sobre la región, sino, en todo caso, de confrontar voces y miradas, trazando novedosas líneas argumentales a partir de un selecto conjunto de autores, cada uno de los cuales se ocupa de proporcionarnos precisas claves interpretativas a fin de analizar el pasado y también el presente de nuestra región. La América andina, en su diferencia y en su pluralidad, revive entonces a partir de una propuesta innovadora en la que se entretienen interrogaciones tan diversas como las temáticas planteadas en cada volumen. Se destaca, entonces, el interés por conjugar, a veces en forma armónica y a veces también de un modo más tenso, un amplio conjunto de relatos que esta vez describen, explican y se interrogan sobre los principales aspectos sociales, económicos, políticos y culturales de esta área del globo en un período de apenas sesenta años.

Tal como se expone en la introducción, se parte de una doble complejidad: la primera y más evidente, por analizar los principales rasgos de la América andina en el período comprendido entre 1930 y 1990. La segunda, oculta pero inevitablemente vinculada a la anterior, se puede expresar del siguiente modo: ¿qué entendemos por una “América andina” en pleno siglo XX? ¿Qué es lo que le da su identidad a un espacio geográfico conformado por un grupo de países distintos en sus características más amplias? ¿Es posible asimilar y hasta identificar en un mismo horizonte problemático las realidades de naciones tan distintas como Perú y Colombia, por no mencionar a Chile y Venezuela? Y, a nivel conceptual, ¿qué cambió y qué permaneció igual en torno a esta América andina en este lapso de seis décadas? ¿El punto de partida es igual al punto de llegada?

La idea de una región andina con todas sus implicaciones, ambigüedades y hasta contradicciones se nos manifiesta, entonces, de una manera casi absoluta e irreductible, aunque, como varios de los autores del libro resaltan, debemos analizarla siempre como una construcción política y cultural, una identidad que portamos desde la Colonia y que en este siglo XX alcanza una dimensión única. Por otra parte, una lectura abstracta y general de este libro puede darnos ciertas claves interpretativas para arribar a algunas conclusiones de relevancia.

En este caso, cobra importancia un amplio conjunto de temas que van a surcar cada una de las páginas de este extenso volumen. Pero, si tenemos que encontrar un eje vertebrador, probablemente estará en la figura del Estado, el gran protagonista de estos sesenta años, que en buena parte de los textos incluidos en este volumen es señalado por su centralidad a partir de las distintas formas asumidas y teniendo en cuenta las particularidades de cada país. La vinculación con la economía en la generación de proyectos de industrialización sustitutiva de importaciones; la funcionalidad a partir de planes de urbanización y de enseñanza; la intervención en la movilización social de la época; y hasta su incidencia en la generación de determinadas corrientes de pensamiento, que favorecen o rechazan su participación en la esfera privada, dan cuenta de un grado hasta entonces no conocido en torno a la intervención del Estado en la economía y en la vida de cada persona. Podemos, por tanto, señalar la relevancia que el Estado, como aparato institucional al mismo tiempo que como relación social, necesariamente cobra en un libro de estas características.

Por otra parte, el relato aquí propuesto es ciertamente el de una historia de la "entrecrisis" marcada, por una parte, por la crisis del sistema capitalista en 1929 y, por la otra, por la crisis de la deuda externa y sus devastadoras repercusiones, sobre todo, en la segunda mitad de los años ochenta. De igual modo, el libro abre con la crisis de los regímenes oligárquicos y su readecuación a las nuevas mayorías que demandan su inclusión política y social, y cierra con la crisis que reinstaurará modelos oligárquicos aunque con una sofisticada combinación con regímenes nacional populares, tendiendo ahora a la incorporación de las masas por medio del voto universal, aunque con cada vez más excluidos del sistema por razones económicas y sociales. La primera cuestión a revisar será entonces como afectó este pasaje de sesenta años de aperturas y clausuras en la vida política de este conjunto de países andinos, tomando en cuenta sus propias especificidades y sus rasgos diferenciadores.

Sin embargo, y frente a esta crisis aparentemente recurrente, encontramos otro fenómeno igualmente llamativo, el de la revolución, ejemplificada en su máxima expresión por la Revolución cubana, convertida para buena parte de los autores, aunque no siempre de manera explícita, en un verdadero parte

aguas en el devenir del período estudiado. La importancia asumida por dicho proceso radical de transformación política y social se fundamenta en que casi de inmediato fue establecida como un paradigma, o un modelo a seguir, fijando por tanto los estándares de lo que debía ser un movimiento revolucionario, ya sea en Latinoamérica o, más concretamente, en América andina. Más allá del debate que una apreciación de este tenor nos plantea, y como bien se señala en el libro, no podemos dejar de mencionar que el período analizado es el de una alta movilización social y política: incluimos aquí, por tanto, no solo a las revoluciones exitosas según parámetros preestablecidos, sino también aquellos intentos de cambio que, aun de manera contradictoria, pudieron favorecer modelos liberales, conservadores y hasta reaccionarios.

¿Cómo no pensar entonces en procesos de cambio como el de La Gloriosa sin ver al mismo tiempo otros fenómenos concomitantes como la aparición del peronismo, en la Argentina de 1945 o, ya dentro del contexto andino, la movilización popular y de las FF. AA. que en ese mismo año derrocó al gobierno venezolano de Isaías Medina Angarita, o el Bogotazo de 1948, una vez ocurrido el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, con sus amplias demostraciones de violencia y de represión, o incluso, y de manera más tardía, la Revolución Boliviana de 1952? A partir de este volumen 7 encontramos un hilo conductor mediado por la reestructuración económica de nuestros países, la búsqueda de una verdadera participación democrática, y la movilización de las masas en pro del bienestar social y económico, convirtiéndose así en el gran interlocutor del Estado cuyas demandas marcaron el pulso político de los países andinos como así también de los países latinoamericanos, incluso, hasta el día de hoy.

Otro elemento de relevancia está asociado con el arco temporal cubierto por este volumen. No es común que un libro de historia justamente arribe hasta el año 1990 y, en la perspectiva de algunos autores invitados, de hecho trascienda e incursione todavía más hacia este presente que hoy vivimos. Solo 24 años han transcurrido de 1990 a 2014 y seguramente todos, o buena parte de los lectores de este trabajo, hemos vivido de primera mano varios de los acontecimientos narrados en este libro. Y si no los hemos vivido nosotros, probablemente los hayamos escuchado directamente de boca de nuestros padres o también de nuestros abuelos. Este volumen 7 alcanza, por tanto, un interesante registro testimonial y de recuperación de la memoria histórica, trabajando por tanto en un doble nivel, situándose en la histórica contemporánea de nuestra América andina y, al mismo tiempo, efectuando una revisión desde la historia del tiempo presente, lo cual brinda una fecunda perspectiva de trabajo y de acercamiento a los temas aquí tratados.

También quiero destacar la visión multifacética e interdisciplinaria de este amplio trabajo que, en principio, solo se presenta como un tratado de historia.

De este modo, podemos señalar que el volumen 7 cumple de sobra con las expectativas que sobre un libro de historia deberíamos tener, pensando que además –y de manera paralela– se trata de un trabajo de largo aliento sobre la sociología, la ciencia política, la antropología y el análisis cultural andino. Como ya hemos señalado, el Estado, la democracia, la dependencia, el desarrollo, la revolución, en suma, la modernización de nuestras sociedades, se convierten en temas a ser analizados con la perspectiva del historiador y, al mismo tiempo, del cientista social, asumiendo que justamente el período analizado es nada menos que el del nacimiento de las ciencias sociales latinoamericanas y andinas. Por ello, al revisar estas páginas, resulta imposible no pensar en los análisis politológicos y sociológicos desarrollados por figuras, algunas de ellas fundacionales, como Gino Germani, Fernando H. Cardoso, Enzo Faletto, Ruy Mauro Marini, René Zavaleta, Pablo González Casanova, Paulo Freire, Guillermo O'Donnell, Aníbal Quijano, Norbert Lechner y nuestro Agustín Cueva.

Finalmente, y a partir de este breve recorrido, creo oportuno resaltar una vez más no solo la importancia de una obra de estas características, sino también la pertinencia y la necesidad de reflexionar, en términos históricos, sobre el presente de una región que necesita ser comprendida y analizada en toda su vastedad y en toda su complejidad. Felicitamos una vez más a quienes llevan adelante la difícil tarea de interrogarse sobre la identidad de la América andina ofreciendo respuestas originales e innovadoras: sin duda, este volumen 7 de la colección constituye un enorme aporte en la búsqueda de nuestro pasado y de nuestro futuro como región.

Daniel Kerssfield
Academia Nacional de Historia del Ecuador

DANIEL GUTIÉRREZ ARDILA. *EL RECONOCIMIENTO DE COLOMBIA: DIPLOMACIA Y PROPAGANDA EN LA COYUNTURA DE LAS RESTAURACIONES (1819-1831)*. BOGOTÁ: UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2012, 426 pp.

Fruto de cuatro años de investigación en archivos y bibliotecas, en especial en el fondo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Archivo General de la Nación (AGN) de Colombia, los nueve capítulos de este libro pueden ser leídos de manera independiente y en cualquier orden, pese a que todos se relacionan con las relaciones diplomáticas de la República bolivariana de Colombia con otros países: Francia, Haití, México, Centroamérica y Grecia. De entrada, se abordan las primeras legaciones diplomáticas administradas por la Secretaría de Relaciones Exteriores, despacho ejecutivo puesto por el Liber-

tador en manos de experimentados hombres de su país: José Rafael Revenega y Pedro Gual. Solo con la dictadura vinieron al despacho los granadinos ajenos a la “exaltación liberal”: Estanislao Vergara, Eusebio María Canabal y Juan García de Río. En cuanto a las veinte personas que actuaron en las legaciones colombianas en el exterior, diez eran granadinos, siete venezolanos, dos mexicanos y uno español; ninguno de las provincias del sur de Colombia.

La actividad diplomática de la Colombia de la tercera década del siglo XIX se orientó al trámite de su reconocimiento por las tres grandes potencias occidentales del momento (Inglaterra, Francia y Estados Unidos), en el entendido de que ni los triunfos militares, ni la aprobación de constituciones por cuerpos representativos, eran suficientes para institucionalizar la existencia de una nueva nación en el mundo. Se requería, además, su reconocimiento en el concierto de las naciones, máxime cuando la “Madre Patria” se cernía como sombra amenazadora. Como advierte el autor, ello no era una simple formalidad, sino “un requisito fundamental” para que Colombia entrara en plena posesión de su soberanía y adquiriera personalidad legal internacional. De ahí el lamento del general Francisco de Paula Santander cuando la existencia de Colombia comenzó a disolverse por sus propias contradicciones internas: todo el trabajo diplomático de la década se había perdido para siempre.

Como los cinco capítulos de la segunda parte son la gran novedad historiográfica, limitaremos a ellos esta reseña. El tema de los primeros representantes oficiales de Colombia en Francia, seguidos de cerca por la policía parisina, ilustra bien las contradicciones de la política francesa de la Restauración respecto de los nuevos Estados americanos separados de España. La intriga y la gestión subrepticia se impuso como respuesta ante la suspicacia que despertaban los “españoles americanos”, bien ejemplificado por la misión de Ignacio Sánchez de Tejada ante la corte de Roma: dirigida a obtener la provisión de las diócesis vacantes sin que el Papa tuviera que reconocer la existencia de Colombia, los nombramientos de enero de 1827 fueron un éxito rápido en esas circunstancias, si se tiene en cuenta la imprudencia del enviado, finalmente expulsado por petición del embajador español. Las molestias para obtener pasaporte y la difícil travesía para arribar a puertos franceses son examinadas en detalle, así como las precauciones que los enviados tomaron para evitar la interceptación de su correspondencia.

La revisión de los expedientes de la policía francesa rindió sus frutos en un relato sorprendente sobre las aventuras rocambolescas de los enviados colombianos –cuyos movimientos fueron localizados en la topografía de los barrios parisinos– y sobre su conducta extravagante, que el autor no duda en calificar de “rastacuerismo”, adoptando el término del poeta Rubén Darío. Las prevenciones del jefe del gabinete francés respecto de la llegada del exilado Francisco de Paula Santander fueron identificadas en el relato en su

contexto preciso: la toma de partido por el orden que representaba el Libertador, motivo de la misión del comisario Bresson y del duque de Montebello, y contra “los complots del partido demagógico”.

La historia del desencuentro de la República de Colombia con los gobiernos revolucionarios de Haití es vista como una lejanía paradójica, dado el antecedente del apoyo que ellos dieron al Libertador en las dos expediciones que salieron de Los Cayos de Haití hacia la costa venezolana. Como durante sus diez años de existencia Colombia no estableció relaciones oficiales con el gobierno de Puerto Príncipe, el autor se preguntó por las razones de esta paradoja. Su respuesta señala hacia la conveniencia política, esto es, la necesidad de no enemistarse con Francia, la potencia de la que se había independizado con muchas violencias el pueblo haitiano. Ante esta postura, el indignado enviado que había llegado a Bogotá en 1824 –Jean Desrivières Chanlatte– reclamó, antes de abandonar Bogotá, el pago de 16 000 pesos que Juan Bernardo Elbers había tomado en pertrechos a crédito en Los Cayos, con destino a las tropas colombianas. La dilación aplicada por la diplomacia colombiana al envío de una legación oficial a Haití se prolongó hasta 1868, algo que el autor del libro considera una prueba de la razón secreta de la paradoja: el miedo a los trastornos raciales por el fantasma de la guerra a muerte que los exesclavos haitianos habían librado contra los franceses.

La comparación de los retratos que los diplomáticos Miguel Santamaría –un veracruzano que después de unirse a Bolívar en Jamaica representó al gobierno de Colombia en México– y José Anastasio Torrens, ministro de México en Colombia, elaboraron de Agustín de Iturbide y Simón Bolívar concitaron la atención del joven historiador. Por su intervención en la política local, los dos diplomáticos recibieron órdenes de salir del país en el que actuaban, si bien Santamaría pudo regresar por la rápida caída del Imperio Mexicano. Lo que los hizo comparables fue la crítica descarnada que cada uno hizo de la idealización de la gran figura pública que conoció. Este tema le sirvió de base para preguntar por la función que habían jugado “los libertadores” en las nacientes repúblicas americanas. Su respuesta, fundada en la comparación de Washington y Bonaparte por el Chateaubriand de *Memorias de ultratumba*, concluye que aunque los libertadores hispanoamericanos oscilaron entre esos dos polos terminaron siendo atraídos, irremediablemente (excepto San Martín), por el magnetismo del emperador francés que traicionó la causa de la libertad. En este sentido, las mofas al “segundo Washington” que el general Santander escuchó en el exilio europeo confirman este argumento.

Las negociaciones de la República de Colombia con las Provincias Unidas de Centroamérica es uno de los temas nuevos de este libro, pues por única vez era la primera la requerida para reconocer la existencia soberana de las segundas, una vez que se separaron del fallido imperio mexicano, y

sin que hubiesen sido reconocidas por la federación mexicana. Ni la misión de Antonio Morales Galavís en Guatemala ni la de Pedro Molina en Bogotá habían llamado la atención de la historiografía. La situación de la llegada de Molina promovió una situación inusitada para el gobierno colombiano, pues era la primera vez que se le requería un reconocimiento diplomático para una nación apenas en ciernes, y para colmo independizada de un Estado aliado. El extenso interrogatorio que le presentó el ministro Pedro Gual indica la total ignorancia oficial sobre el pasado de la capitania general de Guatemala y su evolución durante la crisis revolucionaria. El tema era interesante para el vicepresidente Santander porque existían límites fronterizos que había que fijar en el istmo americano, y ello sin ofender a México. Los pormenores de la negociación del primer tratado diplomático son expuestos en este capítulo con detalle, pues estaba en juego el destino de la costa de Mosquitos y la salvaguarda de la independencia de Guatemala. La misión recíproca de Morales en Guatemala, en defensa del honor colombiano, sin recursos financieros y en medio de las noticias de la crisis venezolana de 1826, muestran las ironías de la vida de los primeros diplomáticos, entre la digna ostentación y la real frustración de la ambición política colombiana.

Cierra el libro un tema inesperadamente inédito: el paradigma del movimiento nacional griego en el universo mental del gobierno colombiano. La coincidencia del tiempo de la independencia helena contra el dominio turco, respaldada por Inglaterra, Francia y Rusia en la batalla de Navarino, permitía las comparaciones en el contexto del nuevo “siglo de las independencias”. El abate de Pradt equiparó en 1825 la causa griega con la hispanoamericana, pese a las grandes diferencias que existían, pero el mensaje filhelénico caló entre los diplomáticos colombianos, como se ejemplifica en la correspondencia de Luis López Méndez, José Rafael Revenga, Manuel José Hurtado y José Fernández Madrid. El mismo Libertador extrajo las lecciones del paradigma griego en la circunstancia de la guerra colombiana con el Perú (1829) y de su desencanto político: era preciso contar con el respaldo de las grandes potencias europeas para contar con estabilidad y orden. Algunos interpretaron esta posición como una apertura a la opción monárquica.

Esta obra es una buena muestra de la más reciente generación de historiadores colombianos, mejor formada en programas doctorales, con una imaginación ilimitada y dotada de una disciplina de archivo impresionante, pero sobre todo con una libertad de pensamiento que la generación anterior –presa de paradigmas sociológicos, seudodebates revolucionarios y beaterías– no pudo exhibir con desfado.

Armando Martínez Garnica
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Universidad Industrial de Santander (UIS)

BEATRIZ MARGARITA CONTE DE FORNÉS. *GABRIEL GARCÍA MORENO: LA HISTORIA Y LA HISTORIOGRAFÍA*. MENDOZA: FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO, 2013, 396 PP.

Gabriel García Moreno (Guayaquil, 1821-Quito, 1875), dos veces presidente del Ecuador (1861-1865 y 1869-1875), es seguramente el político ecuatoriano sobre el que se han escrito mayor número de estudios y biografías, tanto dentro como fuera del Ecuador. A ello ha contribuido su vigorosa personalidad, tanto como su acción política, que se sitúa en el centro de la polémica sobre la modernidad y el tradicionalismo, e incluye temas que siguen siendo apasionantes: la relación entre Iglesia y Estado, los ámbitos de la razón y la fe, las tensiones entre el “progreso” y la “tradicción”, así como entre los derechos y libertades individuales y los poderes del Estado.

Así, pues, el libro de Beatriz Conte de Fornés, doctora en historia por la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza, Argentina), profesora, investigadora y directora del Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma institución, viene a sumarse a una larga lista de contribuciones internacionales sobre García Moreno.

Este libro, que originalmente fue la tesis doctoral de su autora, comienza con una “Introducción” en la que se precisan los alcances, sentido, método y limitaciones de la obra, y un primer capítulo, también introductorio, que contiene un breve marco geográfico del país y un recuento general de su historia, hasta mediados del siglo XIX. A continuación viene la parte medular de la *historiografía* en la que se resumen y analizan minuciosamente tan solo cinco libros sobre García Moreno.

El primero de ellos es *García Moreno, presidente de la república del Ecuador: vengador y mártir del derecho cristiano*, del sacerdote redentorista francés Alfonso Berthe. Se trata de una biografía importante, pues recoge y sistematiza mucha información sobre el personaje, pero no es imparcial. Beatriz Conte muestra convincentemente cómo Berthe, representante del tradicionalismo francés del siglo XIX, escribe con el propósito de presentar a su biografiado como modelo del gobernante cristiano, aquel que pudo frenar los avances del liberalismo. La biografía de Berthe convierte a García Moreno en un mártir del cristianismo más tradicional, que debía luchar en nombre de Jesucristo contra una civilización que pretendía prescindir de Dios.

El segundo libro analizado es la *Vida de don Gabriel García Moreno*, del destacado novelista y biógrafo argentino, tres veces candidato al premio Nobel de literatura, Manuel Gálvez (1882-1962), escritor católico y nacionalista hispanoamericano. La autora evidencia una especial preocupación del autor sobre la profunda transformación espiritual que se da, según él, en

García Moreno, desde posiciones liberales en lo político y actitudes tibias en lo religioso, hacia una creciente adhesión interna a las enseñanzas del cristianismo y de las vivencias y prácticas católicas, lo que le permite dominar su carácter apasionado y enérgico y caminar hacia la perfección cristiana. En conjunto, la visión de Gálvez es muy positiva. Aunque reconoce y señala los errores y excesos del mandatario, su García Moreno es un hombre extraordinario, de los más grandes que ha producido América Latina.

Las siguientes 64 páginas las dedica Beatriz Conte al análisis de *García Moreno: el santo del patíbulo* del escritor ecuatoriano Benjamín Carrión (1897-1979), abogado, diplomático, político socialista, profesor universitario, fundador y presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y, sobre todo, uno de los más destacados hombres de letras del Ecuador en el siglo XX. Su *Santo del patíbulo*, en opinión de este comentarista, no es una biografía erudita que aporte algún dato nuevo o desconocido, ni un estudio histórico que trate de entender mejor al personaje y su época, sino un alegato político que tiene más que ver con el tiempo de Carrión que con el de García Moreno. En efecto, el autor se propone combatir la “lepra dictatorial que mancha con sus llagas purulentas y letales muchas comarcas [...] de nuestra patria común, Hispanoamérica”, enfermedad que desea “curar por el ejemplo al revés”. El personaje así engendrado es un monstruo repulsivo que reúne todos los defectos.

El último capítulo de la obra que aquí se reseña (“Interpretaciones finiseculares”, p. 289-360) está dedicado al análisis de dos obras bastante diferentes de las hasta aquí mencionadas: *Gabriel García Moreno*, de Pilar Ponce Leiva; y *Jerusalén y Babilonia: religión y política en el Ecuador, 1780-1880*, de Marie-Danielle Demélas e Yves Saint-Geours. La principal diferencia de estas obras frente a las anteriores estriba, según Beatriz Conte, en que estos autores “son historiadores profesionales que se acercan a los temas de estudio impulsados más por requerimientos académicos o inclinaciones intelectuales” que por sus compromisos previos con alguna posición política o ideológica (p. 292).

En cuanto al texto de Pilar Ponce Leiva (1956), doctora en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid y profesora titular en la misma casa de estudios, donde dirige la *Revista Complutense de Historia de América*, Conte asegura que “no presenta a García Moreno como un hombre providencial, un arquetipo o un héroe sino como una figura cuya actuación adquiere significación en relación con los respectivos marcos contextuales. En esa imbricación, más que en la comprensión de su compleja personalidad, se centra el interés de la autora a la hora de explicar su accionar político” (p. 300). De la misma manera, señala Conte, Ponce “toma distancia” ante las cuestiones controvertidas de la vida de García Moreno. Usualmente

hace referencia a las posiciones en pugna y ocasionalmente indica su criterio mediante un juicio ponderado (pp. 300-301). Finalmente, Ponce caracteriza al régimen garciano como un “autoritarismo modernizador”, que tiene similitudes con otras experiencias hispanoamericanas (p. 374).

Marie-Danielle Demélas e Yves Saint-Geours, ambos franceses, nacidos “al promediar el siglo XX”, también son historiadores profesionales, especialistas en la historia del Ecuador, Bolivia y Perú. En *Jerusalén y Babilonia* plantean que la irrupción de la Modernidad en el Ecuador, realizada a partir de la Independencia, no supuso la destrucción del Antiguo Régimen, que en buena parte pervivió durante el siglo XIX. Para examinar este planteamiento, los historiadores franceses estudian tres momentos distintos de la historia ecuatoriana, el último de los cuales: el gobierno de García Moreno, corresponde a la autoría de Yves Saint-Geours.

Saint-Geours estudia al expresidente ecuatoriano prestando poca atención a las enconadas polémicas anteriores. Establece que su formación se basa en un tronco ideológico claramente contrarrevolucionario, arraigado en la tradición española: el pensamiento tomista, el tradicionalismo francés y sus propias concepciones religiosas católicas, que se irán acentuando con el correr de los años. En ese tronco se injertan los aportes de la ciencia, la técnica y el progreso, “en una atmósfera positivista”. Las contradicciones entre esos dos elementos de su formación se resuelven en el campo de la praxis, porque García Moreno es, ante todo, un hombre de acción, quien avanza en la estructuración del Estado ecuatoriano sin crear un régimen teocrático, como se ha dicho, puesto que el poder civil no estuvo subordinado al religioso sino que, por el contrario, logró que la Iglesia ecuatoriana se pusiera al servicio de su proyecto político. Los ejes fundamentales de esa estructuración estatal pasan por la construcción de vías de comunicación, que permiten el surgimiento de un mercado nacional, y el desarrollo de la educación, a la vez religiosa y modernizadora. De esa manera, el régimen garciano mostraría que la Modernidad coexiste con una visión cristiana del mundo. Para concluir esta reseña, se hace necesario expresar la opinión del comentarista sobre la obra reseñada.

Michael T. Hamerly, uno de los más importantes conocedores de la bibliografía ecuatoriana, cree que los tres mejores estudios sobre García Moreno son: Peter V. N. Henderson, *Gabriel García Moreno and Conservative State Formation in the Andes*; Ricardo Pattee, *Gabriel García Moreno y el Ecuador de su tiempo*; y, Luis Robalino Dávila, *Orígenes del Ecuador de hoy: García Moreno*.¹

1. Michael T. Hamerly y Miguel Díaz Cueva, *Bibliografía de bibliografías ecuatorianas, 1885-2010* (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / Corporación Editora Nacional, 2013), 124, nota 48.

Llama la atención que la *Historiografía* de Conte no estudie ni una sola de esas obras y que también deje sin mencionar otros estudios, algunos de ellos de mayor mérito que otros que ella analiza.

La razón que explicaría esa “omisión” está en los criterios de selección de las obras analizadas. Conte ha preferido “las interpretaciones contrapuestas”, “correspondientes a diferentes modos de historiar” (p. 26), y con el corpus así formado muestra, por una parte, “la multiplicidad de interpretaciones realizadas sobre un mismo fenómeno a partir de los mismos hechos comprobados” y como cada una de esas interpretaciones arroja una luz distinta sobre la realidad, que permite, al final, comprenderla de manera más global. Por otra parte, esas múltiples interpretaciones también muestran que el hecho histórico “habita inmutable más allá de nuestra vista” y que “la imagen que logramos nunca alcanza a representar la totalidad” de la realidad (p. 382).

Todo ello puede ser así, pero con esta obra el lector no alcanza a formarse una idea coherente y razonablemente completa del desarrollo de la historiografía garciana, que, desde luego, debía lograrse a través del estudio de obras paradigmáticas, puesto que el corpus total es demasiado vasto e incluye muchas contribuciones menores o que han sido superadas. Tampoco se da cuenta, por ejemplo, del desarrollo del pensamiento ecuatoriano sobre García Moreno, que ha sido importante. De la lectura de este libro parecería que el conocimiento del personaje y su época ha sido generado solamente a partir de la obra de historiadores extranjeros.

Por último, el tratamiento “igualitario” o “neutral” de las obras seleccionadas da la impresión de que todas ellas contribuyeron por igual a iluminar algún aspecto concreto de la vida del personaje, cuando en realidad entre los textos escogidos hay estudios históricos serios, pero también otros que no alcanzan esa categoría. A ello contribuye también la metodología adoptada de resumir minuciosamente el contenido de las obras estudiadas, a veces página por página, con lo cual se relatan cinco veces los episodios de la vida de García Moreno, lo cual resulta innecesario y cansino. Mucho mejor hubiera sido emplear ese esfuerzo en incluir otras obras, estudiándolas en forma más sucinta.

Con todo, gracias a Beatriz Conte de Fornés, disponemos ahora de una nueva visión de la historiografía garciana, que viene a mostrar, una vez más, que García Moreno como persona, como mandatario y como representante de las tensiones intrínsecas de la Modernidad sigue despertando el interés de intelectuales de los más variados orígenes y posiciones ideológicas.

Carlos Landázuri
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

FERNANDO HIDALGO NISTRÍ. *LA REPÚBLICA DEL SAGRADO CORAZÓN*.
QUITO: UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR
/ CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 2013, 311 pp.

La República del Sagrado Corazón, del historiador ecuatoriano Fernando Hidalgo es un erudito y original estudio del *ethos* y el discurso de los conservadores en Ecuador entre, aproximadamente, 1875 y 1950. Tomando como *leitmotiv* la devoción de la República del Sagrado Corazón de Jesús (p. 20) analiza las visiones conservadoras del orden sociopolítico, de la historia y de la teología política en Ecuador. No se trata, como admite Hidalgo, de una historia del Partido Conservador (p. 25) o de la política clerical, sino de un inventario de las ideas conservadoras.

Como bien señala el autor en las primeras páginas, el conservadurismo, sea como pensamiento o como organización política, ha sido poco estudiado por la historiografía ecuatoriana (p. 14). Si bien el régimen de García Moreno ha resultado ineludible para los historiadores, la trayectoria posgarciana del conservadurismo ha recibido escasa atención. Hidalgo menciona como antecedente a su proyecto el estudio clásico de los franceses Marie-Danielle Demélas e Yves Saint-Geours, titulado *Jerusalén y Babilonia* (p. 14), que reflexiona sobre la recurrencia de este motivo escatológico en la política ecuatoriana. Aunque Hidalgo no explica la virtual ausencia del conservadurismo en la historiografía ecuatoriana, sin duda tiene que ver con la hegemonía que ha ejercido el liberalismo, y una izquierda que se reclama heredera del liberalismo, en la escritura de la historia en la postguerra en Ecuador.

Hidalgo define a los pensadores conservadores como “cordícolas” (p. 234), es decir, exponentes de un orden sociopolítico sacralizado abocado al Sagrado Corazón de Jesús. Esta definición es fructífera en cuanto apunta a la persistencia de la teología política en el pensamiento conservador, pero opaca la diversidad del pensamiento conservador y las vertientes pragmáticas del mismo. Por ejemplo, no era lo mismo la figura de Cristo-Rey asociada al catolicismo social de Acción Católica en los años 20 que la noción de república católica de los restauradores de 1883 relacionada con el Concordato.

¿Qué tipo de historia intelectual hace Fernando Hidalgo en este innovador libro? El autor se centra en el *ethos* conservador (p. 14), consistente en los valores o hábitos de pensamiento de esta corriente. Estos incluyen la jerarquía (p. 38), el organicismo (p. 37) y la escatología (p. 195). La estructura profunda del *ethos* jalona los discursos explícitos y está latente aun en las apropiaciones conservadoras de matrices de pensamiento modernas como el positivismo. Al optar por el concepto de *ethos*, Hidalgo rechaza implícitamente otras opciones teórico-metodológicas, como la historia conceptual o

la historia de los lenguajes políticos. Hubiera sido interesante que Hidalgo justificara su elección mediante diálogo con estas corrientes que hoy día dominan el campo de historia intelectual tanto en la metrópoli como en América Latina.

El deseo de Hidalgo de explorar los recesos más profundos de la mentalidad conservadora le conduce a vincular el conservadurismo a un inconsciente barroco (p. 13). Ello recuerda a la tesis de Bolívar Echeverría, que plantea una suerte de sustrato barroco que sigue operando entre las élites latinoamericanas después de la Independencia. No obstante, Hidalgo no menciona a Echeverría y socava el nexo que el mismo establece entre barroco y conservadurismo al señalar la fuerza que tuvieron las críticas jansenistas y neo-clásicas al barroco en el siglo de las luces en Quito (pp. 200-205). Incluso la recristianización de García Moreno se hizo en contra de la religiosidad popular barroca y no como una revitalización de la misma.

Aunque el hilo conductor del Sagrado Corazón de Jesús tiende a opacar la heterogeneidad del pensamiento conservador, Hidalgo no deja de proponer una periodización (pp. 30-36). Afirma que el conservadurismo tomó forma en la década de 1850 bajo el auspicio de los jesuitas que regresaban de su expulsión (p. 30) y que poco después cobró fuerza con el régimen de García Moreno. Posteriormente, hubo una escisión en la que una parte del conservadurismo plegó al progresismo, mientras otros como Juan León Mera, Camilo Ponce y Pedro Schumacher se mantuvieron en el bando "terrorista" (p. 33). Hidalgo no especula sobre los orígenes de la denominación *sui generis* en América Latina de terrorista, un mote que los liberales ecuatorianos endilgaron a los conservadores, pero parece haber originado en la afirmación de García Moreno de que para gobernar exitosamente debía recurrir a "una firmeza que inspire terror". Un nuevo momento del conservadurismo, el que le interesa realmente a Hidalgo, se inicia a partir de 1895 (p. 36).

Los progresistas fueron desalojados del poder y esto permitió, como indica Hidalgo, un *aggiornamento* o reagrupación y renovación del bando conservador (p. 35). La convención conservadora de Cuenca de 1918 y luego la Asamblea conservadora de 1925 marcaron hitos en este proceso. Hidalgo explica, de manera muy hábil, cómo en este tercer momento los conservadores dejaron de lado la disputa Estado-Iglesia y se centraron en la forma de construir una sociedad moderna armónica y dotada de una sociedad civil activa. Influidos por el positivismo y el catolicismo social, buscaron convertirse en una tercera vía frente a un liberalismo en crisis y un socialismo percibido como disolvente (pp. 36-37).

Como sugiere Hidalgo, esta periodización tiene dimensiones transnacionales (p. 17), pero la historia conectada no es parte de su proyecto. Hubiera sido interesante relacionar las tres fases del conservadurismo respec-

tivamente a los papados de Pío Nono, León XIII y Pío XI en un contexto de romanización de la Iglesia.

Los contenidos más interesantes del libro de Hidalgo conciernen la mezcla de positivismo y catolicismo social que primó en la primera mitad del siglo XX. El libro muestra cómo pensadores de la talla de Jijón y Caamaño, Julio Tobar Donoso y Remigio Crespo Toral criticaron el individualismo y el pluralismo del paradigma liberal como también la lucha de clases marxista. Como alternativa al pluralismo, propusieron un gobierno de unidad nacional compuesto de expertos (p. 93), así como frente a la lucha social plantearon un modelo corporativista basado en lazos paternos que unieran a la élite industrial con los obreros (p. 93). Como menciona Hidalgo, este modelo no era una mera utopía sino que se empezó a construir desde la sociedad civil mediante la corriente de Acción Católica.

Al concentrarse en las ideas conservadoras en lugar del debate político, Hidalgo no se percata de cuán sintonizado estaba el pensamiento conservador con las corrientes post-liberales de la interguerra. Los programas de los conservadores, socialistas y populistas convergieron en una mezcla de tecnocracia, corporativismo e industrialización. No se trataba, como cree la historiografía liberal o liberal-marxista, de una profundización de la Revolución Liberal, sino de una contracorriente frente a un liberalismo que experimentaba una crisis global. No es casual que la Revolución Juliana tuviera una vertiente terrateniente e incluso fascista, si consideramos el influjo de la Misión Militar Italiana. En otras palabras, no sería difícil demostrar cómo el conservadurismo ayudó a construir el consenso posliberal de la interguerra que luego se traspasó a la posguerra como desarrollismo.

Otros temas del conservadurismo que explora Hidalgo son su visión de la historia y su escatología. El autor muestra cómo en la primera mitad del siglo XX los conservadores, especialmente Jijón y Caamaño y Julio Tobar Donoso, afirmaron una identidad nacional que supuestamente se remontaba a los orígenes de la nacionalidad (pp. 111-118). Subrayaron la "unicidad" del Ecuador en el concierto de naciones e insistieron en que las instituciones nacionales debían levantarse sobre las bases históricas y no sobre abstracciones o ideologías importadas. El historicismo conservador legitimaba una sociedad inspirada en el catolicismo sin dejar de lado las raíces prehispánicas que formaban parte del mestizaje, que se valoraba positivamente. Incluso fueron pioneros del anti (norte) americanismo al plantear un conflicto secular entre la cultura anglosajona e hispánica y un modelo industrial proteccionista antes de que la izquierda afinara su propio antiimperialismo (pp. 124-127). La escatología fue otro componente medular del ethos conservador, según Hidalgo (p. 209). Pensadores conservadores como Julio Matovelle aguardaban el triunfo del reino de Cristo en la tierra y, en términos providencialistas,

veían a América e incluso al pequeño Ecuador como entidades destinadas a realizarlo (pp. 224-234). Hidalgo resalta la tradición del pacto Iglesia-Estado que se inició con las juntas autonomistas quiteñas (1809-1812) y continuó con García Moreno, la construcción de la Basílica del Voto Nacional (1883) y la exaltación de Cristo-Rey en la inter-guerra. No obstante, hace falta considerar los aspectos transnacionales y las especificidades de los conceptos de la teología política. La figura de Cristo-Rey tenía que ver con la Encíclica “Quadragesimo Anno” de Pío XI de los años 1930 que planteaba una reconstrucción corporativista del orden social desde las asociaciones católicas en lugar de vincularse al Concordato.

En fin, se trata de un libro de una enorme erudición y muy bien escrito, acaso demasiado erudito y elocuente. A veces Hidalgo tiene dificultad en canalizar su enorme caudal de conocimientos de manera analítica y en controlar sus propias metáforas que rivalizan con las de los pensadores conservadores. Asimismo, la originalidad de su texto se traduce en una falta de diálogo con la historiografía sobre el siglo XIX, por ejemplo, los referentes ineludibles de Roberto Di Stefano y Sol Serrano, así como con los planteamientos de la historia intelectual contemporánea.

Carlos Espinosa Fernández de Córdova
Flacso-Ecuador